

VII

EN QUE EL LECTOR VUELVE Á HALLAR
FELIZMENTE Á LAS HEROÍNAS DE ESTA
HISTORIA.

Tan pronto como estuve acostada, le dije : — « Acérquese, corazoncito mío ». No se hizo ella de rogar y nos besamos muy tiernamente...

*Historia de la Condesa des
Barres. — 1742.*

Al salir de la posada del Gallo, Alina y Mirabella se pusieron en camino hacia la ciudad, adonde llegaron á eso de las diez de la noche.

Trifema, dormida durante las horas de sol, se anima en el momento del crepúsculo y prolonga tarde su velada. Todas las tiendas estaban abiertas á lo largo de las calles llenas de transeuntes cuando las dos amigas se metieron entre la gente, y Mirabella aprovechó del bullicio para vestirse. Nunca había pasado tan mal rato como el que le produjo el tener que andar así desnuda. Aunque estaba entre jóvenes tan poco cubiertas como

ella, sus ojos creían ver todos los demás ojos fijos en un punto de su persona, lo cual no era aguantable, — cuando menos por parte de una multitud.

Entró pues en una tienda y explicó lo que deseaba.

— ¡Oh señora, exclamó la modista,



mirándola de pies á cabeza, no conviene á mis intereses el hablar así, pero qué lástima sería vestir á la señora! Quien tiene un pecho tan joven, un vientre tan bonito, y piernas tan bien formadas, ¿cómo puede resolverse á ocultar tales bellezas?

— Es un capricho, contestó Mirabella.

— En ese caso, póngase transparentes... Puedo hacer á la señora un vestido Imperio de linón blanco sin forro, muy ceñido á las caderas... De lejos, resulta un vestido, y, de cerca, es como si no tuviese una nada... Tengo aquí linón lig-rísimo. Se puede leer un periódico al través. ¿Quiere la señora que probemos... ó prefiere tul negro? pero éste es más bien para vestido de baile.

— No, nada de eso. Batista, medias de hilo, una falda de tela ya hecha, y una camiseta azul : eso es lo que deseo. Dé usted lo mismo á mi hermana, que desea vestirse como yo.

— En fin... como usted guste, dijo la buena mujer. Pero, la verdad, es pecado el obedecerle á usted.

Ya vestidas, compraron sombreros de paja iguales, con cintas iguales también. Mirabella tenía gran empeño en que así fuera.

Después salieron.

— Hermana mayor, dijo Lina sonriéndose, ¿adónde iremos á pasar la noche? Á pesar del consejo de Gilillo, Mirabella contestó vivamente :

— Á un hotel.

— ¿Y por qué no en esa casa cuyas señas nos ha dado el paje?

— Porque me asusta eso de que estén juntos muchachos y muchachas...

— ¡Deben de divertirse tanto! ¿No quieres que vayamos á ver?

— Acaso nos retuvieran... No estoy tranquila. Es más seguro el hotel.

— El paje decía lo contrario. ¡Y es tan listo!... ¿Verdad que es muy agradable ese pajecito, Mirabella?

— ¿Á ti te parece tal?

— Sí... Me gustan mucho sus ojos.

— ¡Á mí no!

— ¡Oh! te he contrariado. Has palidecido....

— Nada de eso : únicamente, que no soy de tu parecer.

— ¡Pero qué nerviosa estás! ¿Por qué te habré yo dicho tal cosa?... Perdón, Mirabella, ya no lo diré más... Vamos á un rinconcito obscuro, en seguida.

— ¿Para qué?

— Para que te bese... Si lo permites.

Se internaron en una calle oscura y dieron con el resguardo deseado : detrás de un volquete de arena, las dos muchachas, boca á boca, se probaron fiel ternura.

— Ven, suspiró Mirabella. Démonos prisa, es tarde. Necesitamos buscar una habitación.

— Si, dijo Lina, todavía tengo mucho sueño. He dormido tan poco desde hace tres días... Me siento débil, débil, esta noche. Y me duelen las piernas.... ¿Por qué me dolerán, puesto que apenas si hemos andado?

— Porque estás creciendo. Me alegro. Buena señal, querida.

Lina creía cuanto le decían, y no insistió.

En una avenida silenciosa, se detuvieron ante un hotel que parecía muy conveniente y que tenía por muestra : *Hotel del Seno Blanco y de Westfalia*.

Entraron. Escogió Mirabella un cuarto con cama de matrimonio, muy amplio y con miradores que le aseguraban un fresco agradable.

En el momento en que iban á meterse en el ascensor, la dueña del hotel tomó á parte á Mirabella y se excusó profundamente : el hotel disponía de seis buenos mozos encargados del servicio de noche para las señoras que viajaban solas; pero, aquella misma tarde había venido una familia de siete inglesas, quienes por

telegrama habían retenido toda aquella parte del personal; así es que la casa se hallaba desprovista de hombres durante cuarenta y ocho horas. Ofrecía la directora sustituirlos, siquiera en la medida de lo posible, despertando á dos recaderos, un poco jóvenes, sin duda, pero que tenían la reputación de ser muy agradables. Preguntaba, además, si las dos recién llegadas pasarían varios días en el hotel, con objeto de apuntarlas en el acto para los primeros empleados que quedaran vacantes.

Mirabella la dejó hablar, y contestó simplemente :

— Señora, mi hermanita y yo no necesitamos de nadie.

Apenas encerradas en su cuarto, se desnudaron con lasitud. Lina se dormía; sus dedos no consenguían trenzar su pelo.

Mirabella, melancólica, pero paciente y resignada, la acostó como á una niña.

— Buenas noches, Mirabella... Duerme bien... murmuró Lina ofreciendo sus labios, pero sin poder abrir los ojos.

— Buenas noches, querida; no te despertaré.

— Eres muy mona... adiós.

Mirabella se deslizó á lo largo de su

amiga, encerró tiernamente aquel cuerpecito entre sus hermosas piernas celosas, posó la cabeza rubia sobre su pecho, y no pudo dormirse sino mucho, mucho después.

.....
Sin embargo, fué la primera en despertar, llamó, saltó de la cama y salió al pasillo para dar órdenes en silencio.

Necesitaba flores, muchísimas flores. Las esparció por todas partes: sobre las mesas, la chimenea, los divanes, las sillas. Adornó los marcos de los espejos, y hasta los de las ventanas. Cubrió con ellas la alfombra y la cama. Puso flores encarnadas alrededor del rostro de Lina dormida, y á ésta la despertó tan intenso perfume.

Con las manos cruzadas bajo la mejilla, sonriendo con los ojos y con la boca, descansando sobre el pecho su trenzado pelo, y aprisionado un seno en el pliegue del codo, llamó Lina á Mirabella, quien hincó una rodilla en el suelo cual si representara un baile de amor.

Lina era agradecida. Reunió sus brazos desnudos alrededor del cuello de su amiga, esbozó algunos besos más sonoros que voluptuosos, y volvió suavemente la

cabeza de Mirabella de manera á poner el oído de ésta sobre su boca, y, sin rodeos, le ofreció lo que más grato podía resultar á las tentaciones de la bailarina.

Mirabella no se hizo rogar. Después de haber probado durante doce horas de cuánta discreción era capaz, juzgó que había llegado al extremo límite de la reserva, y que por fin le era permitido mostrarse tal como los dioses la habían hecho.

Durante cuatro horas, su franqueza se mostró bajo todos los aspectos. Después de varios enternecimientos que la sacudieron hasta el fondo de su joven y pronta emoción, Lina confesó que estaba realmente indispuesta, y que ni fuerza tendría para almorzar sobre una silla.

Comió á orilla de la cama.

Pero ya se iba haciendo tarde. Mirabella arregló el cuarto, recibió la ropa, la dobló, cual antigua aprendiz cuidadosa, y, como era también necesario meditar las exigencias de la vida práctica, visitó los portamonedas y contó las riquezas comunes.

Dos días de posada en la aldea, la compra de ropas, las flores, habían

absorbido las tres cuartas partes de lo que contenían ambos bolsillos...

Mirabella, preocupada, esbozó combinaciones...

— ¿En qué piensas? preguntó Lina.

— En ti, querida... Es menester que salga...

— ¿Estás pensando en mí, y me dejas?

— No por mucho tiempo... Acaso dos horas... Si no estoy de vuelta para la hora de la comida, no estarás inquieta; ¿me lo prometes?

— ¡Pero cuánto voy á aburrirme! ¿Por qué tienes que salir?

— No me preguntes... Es para nosotras dos... Tan pronto como haya salido, cierra bien la puerta y no dejes entrar á nadie, á nadie... Puesto que estás cansada, deberías dormir una buena siesta mientras esté yo fuera...

Cogió unas tijeras, se cortó un mechón de pelo, y lo fijó en la otra almohada con una horquilla.

— Toma, amor mío, aquí te dejo un poco de mí misma para que no te sientas sola...

VIII

EN QUE LOS ACONTECIMIENTOS SE PRECIPITAN.

Ich lieb' eine Blume, doch
weiss ich nicht welche Das
macht mir Schmerz.

H. HEINE.

— ¿Conque ha sido encontrada mi hija? dijo Pausole. Lo celebro por ella. Pero ¡vaya una hora que ha escogido usted, señor jefe, para tal descubrimiento!

— Señor... estoy confundido... No podemos escoger las...

— ¿Cómo quiere usted que me ponga á andar por las calles, momentos antes de medianoche, en día de fiesta, en pleno gentío, en medio de los placeres y, sin duda, de los excesos que toda fiesta aconseja y hasta facilita, para un asunto tan íntimo, tan delicado, tan escabroso como es el penetrar en persona en las habitaciones de una Alteza real, con el deseo paternal de recuperar su cariño? La Princesa Alina se acuesta á las nueve, señor jefe de la Seguridad. Es de presumir que está descansando en este momento. Lle-

garía yo allí como un ridículo personaje de teatro atormentado por el *in fraganti*... Vamos, que la idea sola me es odiosa. Estoy muy enojado, señor jefe, y no puedo menos de decirle á usted que ha obrado con insigne torpeza.

— Pero, Señor, vuestro ministro, el honorable señor Taxis, es quien me ha aconsejado que...

— ¡Todavía él! ¡Siempre ese hombre! ¡No ocurre un solo hecho impolítico, majadero, sin que á él le quepa gran parte de responsabilidad! Se hará intolerable, y no sé si no acabaré por privarme de servicios que sólo disgustos me proporcionan... Retírese, le digo; estoy muy disgustado. Entiéndase con mi paje para la terminación de este asunto.

Gilillo se llevó al desgraciado.

— ¿Por qué haber venido á hablarle de eso al Rey? Si me hubiese usted avisado, con una palabra le dijera yo ¿usted qué convenía hacer... Vaya, dígame qué ha averiguado. Trataré de arreglar el asunto.

El jefe de la Seguridad explicó que la Princesa Alina había sido encontrada, no con un joven, como se suponía, sino con una muchacha de algo más edad

que ella, en el hotel del Seno Blanco y de Westfalia. Añadió que, dos agentes que durante tres horas habían estado escuchando detrás de la puerta, habían presentado un extraño informe de cuanto oyeron. Insistió para obtener que se procediera en seguida al arresto, pues repetidas veces durante la sesión se había quejado de grandísimo cansancio la Princesa, y que la augusta salud de Su Alteza estaba por encima de toda consideración.

— ¿No sabe usted nada más? preguntó Gilillo.

— La desconocida hablaba de una ausencia suya efectuada durante la tarde, y que ha sido confirmada por el portero del hotel.

— ¿Adónde habrá ido?

— Se negaba á decirlo; pero regresó con doscientos francos cuyo origen es misterioso, y con una sortija que le corría mucha prisa vender.

— ¿Es todo lo que se sabe?

— Mañana lunes, de cuatro á ocho, saldrá por segunda vez.

— Muy interesante...

Gilillo dió las gracias al policía, le mandó que hiciera cesar la vigilancia al

día siguiente á las cuatro en punto de la tarde, y, sobre todo, que renunciara á toda comunicación con Taxis y con Pausole.

Apenas terminaba sus recomendaciones, cuando un gran movimiento se hizo en torno suyo.

El Rey acababa de manifestar al gobernador que le sería grato retirarse á sus habitaciones con la joven á quien, aquella misma mañana, había él escogido.

Gilillo atravesó vivamente el salón, se acercó á Diana la Copetuda, y tomó, inclinando la cabeza sobre el hombro, un aire suplicante y dulce...

Diana frunció las cejas sin poder al mismo tiempo impedirle sonreír, y, tendiendo la cara hacia adelante, articuló netamente :

— Sí.

Luego, con silenciosa risa, murmuró, no sin bravata :

— Ya no podrás decir, feisimo, que nunca has oído tal palabra.

Una hora más tarde, el paje estaba en el cuarto de Diana. Le esperaba ella sobre una silla cama; sus negros cabellos ondulaban ampliamente sobre cada una de sus mejillas y la cubrían hasta la

cadera. De su expresión, sólo vió el joven ojos muy brillantes y una boca húmeda...

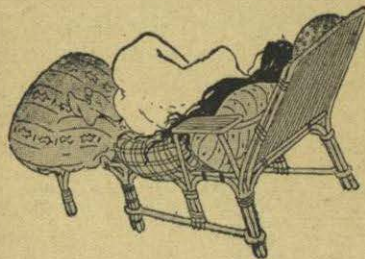
— Le he obedecido á usted, Señora : la Princesa Alina no ha sido arrestada.

— ¡Muy bien! Eres una monada.

— ¿Cuál va á ser mi recompensa?

— Todas las que te gustan.

Cerró ella sin ruido la puerta, mientras



apagaba él todas las lámparas eléctricas, salvo una que puso en el suelo, á fin de dejar en una media obscuridad lo alto de la cama. Se quitó su traje amarillo y azul en el cuarto tocador. Había allí un frasco de perfume : lo reconoció, y, por atención, se echó algunas gotas.

Mas, cuando por fin retendió en brazos de Diana, se sintió casi humillado, ó, si puede decirse, inútil. Para nada le sirvió su amable talento. Obedecía la

mujer con tal celo á las caricias, que toda sutileza resultaba astucia perdida. Ya había sentido lo que se ocupaba él en sugerirle, con más método que paciencia tenía ella. Así, varias veces seguidas lo desconcertó.

Á altas horas de la noche, como para dominarlo y hacerlo suyo en momento en que de él esperaba una contestación casi solemne, Diana la Copetuda se tendió, con un suspiro, sobre aquel que tan grato le resultaba, se afirmó sobre sus codos, lo restregó acompasadamente con sus senos henchidos y flexibles cuya tibia caricia pasaba y repasaba, y con esfuerzo le dijo :

— ¿Me quieres?

— Sí.

— ¿Cuánto tiempo me vas á querer?

— Siempre.

— Entonces... ¿puedo confiarte... un secreto?

— Puedes.

— El Rey me ha dicho que pensaba en permitir á los pajes... que entraran en el harén... y que haría la vista gorda sobre... lo que muy probablemente... ocurriera.

— ¡Admirable inspiración!

— ¡Oh no te rías!... ¡Estoy tan contenta!... Podremos vernos... Ahora, poco me importa ya... que hayan cogido... á la blanca Alina... puesto que eso, ya no nos separa...

— ¡Amor mío!...

— Pero vas á jurarme una cosa.

— Cuanto quieras.

— Hay tantas mujeres en el harén...

¿Sé yo acaso si alguna no se enamorará de ti? Recuerda, Djilio, recuerda que he sido la primera en someterme... y júrame que las demás nada obtendrán de tu boca... ¡Júrame que ninguna te estrechará así como te estrecho... con mi cuerpo y con mi alma!... ¡Jura, Djilio! ¡Entrégate como yo me entrego!

Gilillo no opuso reparo alguno. Juró según las tradiciones y en el tono que requerían las circunstancias. Y se despidió de la bella Diana « para no comprometerla », afirmó él, — y también para dormir tranquilo; pero no dijo nada de esta última razón.

*
*
*

Al día siguiente, al pasar por un co-

redor, oyó murmurar su nombre. Volvió la cabeza.

La carita de Filis asomaba tímidamente por una puerta entreabierta.

La puerta se abrió del todo, y luego se cerró sobre ambos jóvenes.

— El Rey está durmiendo, dijo Filis. Quedémonos aquí... No nos sorprenderán.

— ¡Cómo! ¿el Rey está todavía durmiendo á las doce y media del día?

— No hace mucho que se ha quedado dormido, explicó la joven con cierto orgullo.

— ¿Y usted?

— Yo, no tengo sueño cuando pienso en usted. Hace una hora que le estoy á usted esperando detrás de esta puerta.

— ¿Qué desea usted de mí?

Filis tomó una actitud de colégiala :

— Una leccioncita, caballero... Sólo una me ha dado usted, y en seguida la he aprendido de memoria; pero no podré hacer progreso alguno si, de las cuatro reglas, sólo una me enseña usted...

Gilillo la felicitó de sus disposiciones para el estudio.

No obstante, como no le resultaba agradable ni decente el papel que querían hacerle desempeñar, decidió que,

en interés mismo de la discípula, la segunda lección había de ser más experimental que teórica, y, obediendo á su capricho más que á los deberes de su cargo, abusó diversamente, con juvenil arranque de confianza y á veces de curiosidad, de la previa aceptación que Filis expresaba siempre como una locuela que era.

Filis aprendió las cuatro reglas. Su espíritu se abrió poco á poco á todas las luces nuevas de una ciencia que la encantaba, y que no era demasiado difícil, decía ella, para su tierna comprensión. Sin embargo, al cabo de una hora y cuarto, Gilillo le dijo como amigo que su delicado cerebritito había suficientemente trabajado.

Ella le retuvo :

— ¿Se vá usted?

— Hasta la noche.

— ¿Irá usted á la ciudad?

— Sí.

— ¿Puedo darle á usted un encargo?

— ¿Cuál?

— Escuche... Mi hermana, no siempre se ha portado bien conmigo; pero, á pesar de todo, le tengo cariño... y me entristece el que se haya marchado... Es

usted tan listo, amiguito mío, que... quizá acierte usted el saber dónde está... y que consiga usted verla... y hablarle de mí... Búsquela, se lo agradeceré... No deseo saber secretos suyos : únicamente que me diga usted si está bien de salud... No le pido á usted más.

— Esta misma noche sabrá usted lo que desea, contestó Gilillo.

— Es usted una monada... Oiga, se me olvidaba... Usted le hablará... le hablará muy de cerca... No la bese usted...

— Se lo prometo.

— ¿Aun si manifestara ella deseo de que usted la besara?

— Jamás las jóvenes manifiestan tales deseos, señorita.

— Bien se ve que no las conoce usted.

*
**

Gilillo almorzó muy tranquilamente, confesó secretamente á varios amigos que se ausentaba para tratar de averiguar algo muy importante, — seguro de que inmediatamente llegaría esto á oídos del Rey, y salió, — solo y sin bastón.

Ante el Gobierno civil, sobre el asiento de un banco público, vió á la hermosa

Tirreta, quien, cruzadas las manos y doblado el cuerpo, pudiera servir de modelo para una estatua monumental del Descorazonamiento silencioso.

Gilillo le cogió la barbilla y le alzó la cabeza.

— ¿Qué te ocurre, mi pobre Tirreta, que tan triste parece estar?

— ¡Ah señor, no doy, no puedo dar abasto!... Y no es por falta de buena voluntad... Hago cuanto puedo, y más... Pero hay demasiado trabajo... Voy á pedir la cuenta.

— ¿Tan pronto? ¿Cómo, tú, tan robusta, con tus músculos y tu salud, no puedes gritar : « ¡Viva el ejército! » durante dos días seguidos? ¡Vaya una enclenque!

— ¿Enclenque? Que se ponga otra en mi lugar... ¿Querrá usted creer, señor, que hasta me traen sus amigos?... Un regimiento, pase, todavía me atrevo con él; pero, todos los hombres de la ciudad, no, no puedo... Así es que le ruego... que... si sabe usted de una casa más tranquila... aunque haya varios amos... Siempre que no sean arriba de cincuenta...

— Vamos, consuélate. Ya sé lo que necesitas. Tomo bajo mi responsabilidad

el nombrarte provedora del cuerpo de pajes. Apenas si somos quince...

— ¡Oh, si son ustedes tan pocos!...

— ... Y, además, todos tenemos muchas amigas; pero nos faltaba... Como diré yo... alguna que estuviese siempre á mano... Las camareras de palacio, jamás están solas cuando necesita uno de ellas... Tú serás nuestro harén particular. Asunto terminado. Seca tus lágrimas.

La campesina extremó las demostraciones de agradecimiento y se quedó como clavada en su asiento.

Gilillo se despidió de ella con ademán animador, y, después de comprarse cigarrillos, se fué hacia donde sabía poder encontrar á Galatea.

Se llegó, pues, á un hotelito blanco, de aspecto muy decente, y que en nada dejaba traslucir el género de vida que en su interior se hacía.

Llamó. Le introdujeron junto á una señora de edad que tenía correctísimos modales, y que en seguida preguntó al joven cuáles eran sus preferencias : es decir, si había que enviar recado á la señora de X..., esposa de un magistrado, rubia muy asustadiza, ó más bien á la

señora de Y..., cuyo retrato estaba sobre la chimenea.

Pero Gilillo, sin tocar á la fotografía, hizo en pocas palabras precisas el retrato de una joven ideal que se parecía á Galatea como Galatea á su espejo.

Le dejaron solo en una habitación, y, al cabo de veinte minutos de espera durante los cuales hicieron como que iban á la propia casa de la casta y pura doncella, vió entrar á la Sta Lebirbe, quien venía simplemente del cuarto vecino.

Tan pronto como vió ésta al paje, arrojó un grito, y, volviendo la cabeza, se echó á llorar.

En vez de triunfar con un « ¡Bien se lo dije á usted! » que de ningún consuelo le sirviera, Gilillo se acercó á ella y le cogió la mano :

— ¿Qué le ocurre á usted?

— ¡Cuánto le agradezco á usted que haya venido!

Sus lágrimas redoblaron. Repuso :

— Tenía usted razón... me habló usted como un amigo... Mal inspirada estuve al no creerle á usted... ¡Si supiera usted qué groseramente me han tratado!... No soy más feliz que en mi familia...

— ¿Volvería usted gustosa á su casa?
 — ¡No! pero quiero salir de aquí.
 — Nadie puede obligarla á usted á quedarse en esta casa. ¿Adónde irá usted, una vez libre?

— No sé...

Pero añadió, sollozando de desesperación :

— Estoy enamorada.

— No comprendo. ¿Enamorada de quién?

La joven vaciló, sonrió ligeramente, suspiró, y por fin contestó :

— De su amiga de usted.

Con mucha seriedad, le pidió el paje que precisara.

— De su amiga de la posada del Gallo... La mayor de las dos... Ha venido aquí... Parece ser que necesitaba dinero... ¡Ah si hubiese usted podido ser testigo de mi alegría cuando la vi! ¿Verdad que hay casualidades providenciales y que estábamos predestinadas á reunirnos, quizá para largo tiempo?

— No lo dudo, contestó Gilillo, que entrevió maquiavelismos.

— Siento locura por ella, repuso Gala-tea. Ahora comprendo todo lo que he

visto por la ventana, con el antejo que temblaba en mi mano... Quedamos solas durante media hora en un salón de espera... Sospecho que ama á otra mujer, y, no obstante, me amó también... para purificarse, decía ella, de lo que iba á hacer en el horrible sitio en que todavía estoy. Cuando pienso que va á volver dentro de media hora y que quizá no nos veamos...

— Se verán ustedes, dijo Gilillo, esta noche misma, y para rato.

— Le he pedido que así sea; pero no quiere.

— Querrá... Créame usted hoy, puesto que siente no haberme creído antes de ayer... Va usted á escribir una carta; pida lo necesario para ello.

Una esclava con cofia trajo recado de escribir.

— Va usted, dijo Gilillo, á escribirle á esa joven que tanto le gusta.

— ¿Para qué?

— En primer lugar, para decirle todo lo bueno que acerca de ella piensa usted..

— Lo sabe.

— No lo sabe. Nada vale una declaración escrita... Dígale por carta cuanto en pensamiento le ha dicho desde el mo-

mento en que se separaron ustedes... Y, en fin...

— Pero, puesto que va á venir...

— Es menester que usted no la vea ahora; de lo contrario, todo mi plan quedaría estropeado.

— Bien...

— Dígale, pues, lo que de ella piensa usted, y dele cita para esta noche en el Jardín Real, bajo el monumento de Félicien Rops.

— ¿Estará ella en ese sitio?

— Estará. Me comprometo á ello. Pero, dese usted prisa; apenas si queda tiempo.

Escribió la carta Galatea, y la tendió al paje preguntándole:

— ¿Á qué dirección?

— Me encargo de hacerla llegar.

— ¿Y el resultado?

— Esta noche estará usted sola con esa joven, y se la llevará usted adonde guste... Le aconsejo á usted que vayan á Francia.

— ¿No es esto una burla?

— ¿Quiere usted decirme por qué habría yo de burlarme de usted, y si algo en mi conducta ha dado lugar, hasta ahora, á que sospeche usted de mí?

— Perdóneme, amigo mío. Gracias...

Gracias de todo corazón... ¿Nos volveremos á ver?

— No... es decir, no en lo que queda de semana... Por lo demás, siempre vuelve á verse la gente: el mundo es tan pequeño... Pero la echo a usted de aquí, y no le doy cita alguna. No puedo ofrecerle mejor prueba de mi respetuosa amistad.

IX

EN QUE TAMBIÉN GILILLO SE VUELVE ENAMORADO.

El mozo es para la moza,
Y para la moza el mozo;
Dígase lo que se diga,
Lo demás es tontería.
Y ganas de hablar por hablar.
La red es para la anguila
Y el agujero para el virote.
El caracol quiere su concha,
La concha pide caracol.
El mozo es para la moza
Y para la moza el mozo.

El mango es para la hoz,
La pelota para la raqueta,
El hilo para la aguja
Y el pomo para el arzón;
El cebo para el anzuelo
El vezón para el mamón

Y el pájaro para la zarza.
 Y el mozo para la moza.
 El caballo es para la hormaza
 Y para la silla.
 La cubierta es para la quilla
 La jaula para el verderón
 Y el estanque para el pez,
 Y el injerto para el escudete,
 Y la espiga para la cosecha.
 La roca es para la anguila,
 La moza para el mozo.

CLAUDE LE PETIT. — 1660.

Cuando fué Gilillo al hotel del Seno Blanco y de Westfalia, — pues ya supone el lector que allá acudió en seguida, — Mirabella acababa de salir.

Dió tres golpecitos discretos, y esperó:

— ¿Quién es?

— Yo.

— ¿Usted?... ¿el paje de papá? dijo Lina bajito, en la cerradura.

— ¿Puedo entrar?

— Me han prohibido que abra... Pero, puesto que es usted, no hay peligro.

Le abrió, y, poniéndose de puntillas, le tendió la mejilla.

— Béseme usted, le dijo, se lo permito...

En la otra mejilla también... Ahora, la de usted... La joven suspiró.

— Tengo muchas cosas que decirle...

Sentémones juntitos, en el canapé...

¿Cómo se llama usted?

— Djililo.

— ¡Oh qué bonito nombre! dijo Lina.

Y, una vez más, pensó Gilillo que, si



á cada mujer se le ocurren vulgaridades distintas, según los amantes con quienes tropieza, cada hombre no oye arriba de diez frases de todas las queridas, cual si ensayaran en secreto para representar el mismo papel.

— ¡Qué casualidad! exclamó Lina. Justamente, en usted estaba pensando... Déjeme que le mire... Casi me he disputado con mi amiga con motivo de sus ojos de usted... Me parecían tan bonitos. Ella dice que no. Pero yo estoy en lo cierto, Djilio. Son muy bonitos, sus ojos de usted.

— Nada tienen de particular, dijo Gilillo; se animan cuando os miran, Alteza; á vos deben el poco mérito que tengan.

— No me llame usted Alteza, que me intimida. Dígame Lina, es más simpático.

Mas no la nombró de ninguna manera, pues, con turbación aparente que, esta vez, no era voluntaria, nada se le ocurrió que le pareciese digno de ser dicho á la blanca Alina.

El primer día en que la vió, en aquel cuarto de posada en que se habían precipitado acontecimientos tan rápidos, no se prestaban las circunstancias á una tierna contemplación. Mirabella, presente y celosa, no se dejaba olvidar. Alina, inquieta, mostraba un semblante amedrentado. Escena extravagante y breve, aquel cuarto de hora singular represen-

taba un momento de locura en el torbellino de sus recuerdos.

En cambio, en el cuarto del hotel, en el silencio de sus ojos y tan cerca de su lindísimo rostro, la vió semejante á ella sola.

Diana la Copetuda le pareció demasiado sensual; Filis, hartó exenta de ternura. Una devoraba y la otra jugaba, pero ninguna de las dos tenía en la mirada esa continua llamita que atrae al amor y lo retiene en el momento en que lo revela.

Tenía Gil en las suyas las dos manos de Lina, que no bajaba los párpados y que dejaba entreabierta, como para un beso siempre listo, su boquita más alta que ancha de joven doncella niña aún.

Él no le hablaba. No supiera qué decirle. Vagamente, y una á una, las frases que cien veces había repetido se presentaron á su espíritu. Primero las rechazó; luego, con sonrisa casi triste, pensó que, dichas en otro tono, aquellas frases ya no serían las mismas. Se dijo que sus hipérboles, y las más inverosímiles, resultarían más que nunca en situación; que las mentirillas de la galantería, excusables en una aventura, serían suma-

mente tiernas en los comienzos de una pasión verdadera; en fin, que podía, sin faltar, emplear con su nueva amiga sus métodos habituales, seguro de complacerla, y porque comprendía que aquello le era debido.

— ¿Qué tiene usted? decía Lina.

— La amo á usted.

— También yo le amo á usted, Djilio; lo amo con todo mi corazón. Y me siento feliz al decirselo.

— Pero, yo, hace tanto tiempo que la amo á usted... ¿No lo sabía usted, verdad?

— ¿Desde hace mucho? ¿Me ama usted desde hace mucho tiempo? Pues si no le he conocido á usted hasta ayer...

— Hace tres años que la amo á usted, dijo Gilillo suspirando.

— ¿Por qué no habérmelo dicho?

— No me atrevía... Pensaba en usted, pero estaba usted tan alto, tan lejos de mí... ¿Cómo creer que consintiera usted nunca en escucharme?... En usted pensaba sin cesar, pero no esperaba que, un día había de llegar en que, por extraordinaria casualidad, podría yo hablarle á solas, con las manos y con los ojos unidos...

Lina le miraba con ternura.

Prosiguió :

— ¿No me cree usted?

— ¡Oh sí!

— Mire... me inspiraba usted versos...

— ¿Versos? ¿Hace usted versos? ¡Oh cuánto me gustan los versos! ¿Y, es cierto que yo le he inspirado algunos?

— ¿Quiere usted leerlos?

— ¿Si quiero leerlos?... ¡pues ya lo creo!

— Aquí están.

Gilillo sacó de su bolsillo su primer tomo de versos, y hojeó... Adela... Alberta... Alejandrina... Alfreda... Alicia... Alix... ¡Alina!

— Lea usted, dijo simplemente.

Se apoderó Lina del tomito y leyó con avidez :

¡Ah! cuando aparecís en el cielo del ocio,
Luz de mis noches tan tristes y tan breves.
Ideal renaciente de mi primer deseo,
¿No sentís nunca mi alma abrazaros
Y (1) cerrar sobre vuestros senos las alas de sus
[ensueños?]

Lina miró al paje con cierta extrañeza.

1. No resulta acróstico en castellano, por ser preciso decir « y » donde el francés dice « et ».
(N. del T.).

— ¿Qué es lo que prueba que estos versos han sido escritos para mí?

— Es un acróstico... Sin duda sabe usted lo que es un acróstico, puesto que está usted abonada al *Diario de la juventud*. Lea usted la primera letra de cada verso.

— A, L, I... ¡Alina! exclamó la joven con sonrisa de alegría. ¡Es verdad! ¡Y qué bonitos son! Nunca he leído algunos que fueran tan bonitos... Tiene usted mucho talento.

— Cuando hablo de usted, Lina... Sólo usted me inspira... ¿Me ha comprendido usted bien?... No me atrevía á escribir su nombre de usted en un tomó que todo el mundo pudiese leer, y lo he escondido en un acróstico... Secretamente... para usted y para mí... Nadie lo sabe, fuera de nosotros dos.

Lina se echó en sus brazos. Él la recibió con pasión, y, sin intentar nada más directo contra su cuerpecito doblado, unió su boca á la que se ofrecía, muy tiernamente, casi con precaución.

— ¡Cómo! dijo Lina, ¿también usted conoce esto?... Me decía Mirabella que lo había ella inventado...

— Se lo habían enseñado, dijo Gilillo.

— ¿Como á usted?

— ¡Oh! yo, lo adivinara por instinto el primer día en que la vi á usted.

— Pues, entonces... ¿me ha engañado?

— La ha engañado á usted agradablemente.

— De todas maneras, me ha dicho una mentira... y no se lo perdonaré. ¿Verdad que es muy feo mentir?

— Nada hay más feo, contestó Gilillo.

Lina reflexionaba, con los labios apretados.

— Le quiero á usted más que á mi amiga, dijo.

Á esto, ya no se contuvo Gilillo. Tomó en sus brazos á la blanca Alina, la llevó sobre la cama sin abandonar sus labios, tanto más fácilmente cuanto que ella le decía :

— ¡Oh sí! póngase aquí... cerquita... cerquita...

Y, una hora más tarde, la blanca Alina confesaba en sus brazos, muy emocionada :

— Mirabella es una mentirosa. Le quiero á usted más que á ella, mucho más... Le quiero á usted... como nunca he querido á nadie en el mundo... ¡Oh no se vaya usted, no se vaya!

— Es preciso.

— Pero, ¿por qué?

— El Rey me espera... Mirabella va á volver...

— Ya no quiero verla : ¡Sólo á usted amo, á usted! Quédese aquí... quisiera tocarle de pies á cabeza, y quedar siempre así, con mis dedos en los de usted y mi boca bajo la suya... No quiero que se marche usted... ¡Obedézcame!

Gilillo dijo bruscamente :

— Todo está perdido si nos quedamos aquí. Mirabella se apoderará de usted dentro de una hora. Ella misma será arrestada una hora después, y, ya, nunca, nunca nos volveremos á ver, pues el Rey la encerrará á usted en palacio.

— Siendo así, lléveme, partamos... ¿Hay otros países en que pudiéramos vivir tranquilos, sin que nadie nos atormentara?

Gilillo tuvo compasión de Pausole.

— Usted quiere á su padre, Liníta mía. Le quiere usted mucho. Si se marchara usted adonde él no estuviese, pronto lo habría usted de sentir.

— Sí que quiero á papá; pero, ¿por qué me encierra? Si regreso á palacio, no podré verle á usted más, y seré des-

graciada como antes... Pues ahora veo cuán desgraciada era... Y no lo sospechaba...

— Hay un medio de arreglarlo todo. ¿Recuerda usted la casa de que le hablé ayer? ¿la casa de esos buenos ancianos que recogen á los niños maltratados y cuidan de ellos?

— Sí, calle de Amandines, número 22. ¿No es así?

— Muy bien. Vaya usted. Vaya en seguida. Y, una vez que le hayan dado á usted el cuarto que le conviene (pida usted la sección de las jóvenes), me encargo de hacerla á usted salir de allí con toda su libertad.

— ¿Para siempre?

— Para siempre.

